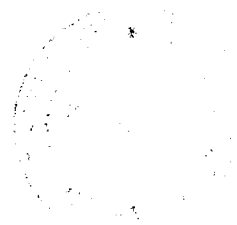


Albertiana



1. «Clamor de merecimientos: Rafael Alberti»

Publicqué yo en *El País* hace ahora justamente diez años, un artículo sobre Rafael Alberti, cuyo título tuvo, en su día, una repercusión que yo no esperaba: «Clamor de merecimientos: Rafael Alberti». En él, y tras hacer un repaso de su primera venida a Madrid en 1927, más como dibujante o pintor que como poeta, recordé sus visitas asombradas al Museo del Prado; la concesión del Premio Nacional de Literatura por un jurado constituido nada menos que por Menéndez Pidal, Antonio Machado, Gabriel Miró, Gabriel Maura, Carlos Arniches y José Moreno Villa; e hice una larga revisión de su personalidad y del concienzudo y afectivo estudio que de su obra hiciera Solita Salinas de Marichal, etc., pensando o creyendo que después de haberle dado el Premio Cervantes a Jorge Guillén, Dámaso Alonso y Gerardo Diego, el más llamado a obtener el siguiente no podía ser otro, a mi modo de pensar, que Rafael Alberti. Incluso hacía yo referencias a declaraciones del segundo de los premiados y a cartas privadas que dirigió, como disculpándose, a Alberti, en las que hacía examen riguroso de los respectivos méritos.

La Real Academia Española, que, por otra parte, tenía un solo voto entre los de otras hispanoamericanas, no le proponía para el premio porque no olvidaba la actitud despectiva que Alberti había utilizado para contestar a una oferta de nombrarle por unanimidad académico de honor que en visita privada le hicieron unos miembros de la misma. Respuesta quizá fraguada en uno de esos momentos de ofuscación y rabieta que todos podemos tener y de la que en nuestra conciencia algún día nos arrepentimos. Pero Alberti aireó su respuesta algo más de la cuenta y el surco entre la entidad y el solicitado se ensanchó. En las peticiones anuales del Premio Cervantes la Academia reiteró después, año tras año, la propuesta para Camilo José Cela, también dignísimo meritorio. Pero Alberti, que varias veces había sido uno de los seleccionados para el premio Nobel (un solo voto, por tres veces lo separó), se acordaba ya poco o nada, creo que por olvido en unos casos, por dejadez en otros, y por política en los más; y su nombre fué quedando en la cuneta, hasta que un ministro español cogió las riendas del asunto, que administrativamente no le incumbía, como regidor de la

cultura hispana y logró la concesión. Que fue ciertamente discutida por algunos que hacía muchos años habían venido insultando a Alberti y ahora le traen en palmitas. En el periódico que lo hace me lo explico; en él no.

Reproducía yo también en aquel artículo una famosa frase de Azorín a propósito del libro *Sobre los ángeles*, que decía: «El poeta, en este libro, llega a las más altas cumbres de la poesía lírica. No creo que en todo nuestro parnaso haya cosa más bella, más honda, de mayores perspectivas ideales, que la poesía titulada «El ángel de los números». Alberti había regresado a España, pero como muy atinadamente dijera Umbral, «no a la España de los ángeles». Y aquel le había respondido con tanta veracidad como lirismo: «Yo no soy ningún líder, soy un joven poeta al que le tocó vivir entre el clavel y la espada, siempre en largo destierro y en España». Bellísima y sentimental frase llena de verdad (no ser líder, haber sido joven visto desde la setentena) y de poesía lírica (largo destierro, pero sintiéndose en su tierra).

No recuerdo si al aparecer mi artículo Alberti estaba en Roma o en Barcelona, pero ese mismo día me llamó para darme las gracias con estas sentidas, efusivas y albertianas palabras que mi aparatejo registró: «Oye Vega, yo creo que a ti te gusta fabricar enfermos del corazón. Ese tu clamor me ha caído en el corazón como un meteorito venido del cielo y me lo ha hecho polvo. ¿Qué podría explicártelo mejor que este abrazo que María Teresa y yo estamos dándote y cuyos manotazos tienes que estar sintiendo en la espalda? En cuanto regreses a Madrid os citaré en mi casa para que cenemos jamón, queso y pan y nos bebamos una *frasca* de tinto». Así lo hicimos; yo llevé, ya en lonchas, buen jamón de Trévez y dos botellas de Marqués de Murrieta, que desgraciadamente se rompieron al bajar del taxi en la puerta de su casa de la Cuesta de San Vicente. Rafael puso el vino y el postre; y su presencia, que supera en calidad a todo lo demás.

2. Mi conocimiento de Alberti

Conocí a Rafael Alberti a finales del año veintisiete o comienzos del veintiocho, recién llegado él a Madrid, cuando en los cenáculos madrileños (Ateneo, La Arrumbambaya, Pombo, Cafés de Gijón y Castilla, etc., etc.) su nombre resonaba con ecos de bicefalia cultural, porque era tan buen pintor como poeta; pero en poesía empezó a llevar una marcha irrefrenable. Azorín había dicho en la Librería Verdegué que «ese muchacho es el genio poético de una generación que hará época», según fue la época que ulteriormente se llamó generación del 27 y esa frase estaba en consonancia con la antes comentada del mismo Azorín. Sin embargo, mi conocimiento con Alberti no alcanzó el nivel de una verdadera amistad, porque nuestros contactos no era frecuentes (estudiar medicina me ocupaba mucho tiempo) y porque formábamos en grupos diferentes, aunque nos tratábamos todos. Tengo muchas fotografías de aquellas

calendas con Neruda, Lorca, Salinas, Guillén, Lafón, Larrea, Prados, Altolaguirre, Concha Méndez, Dámaso y Alberti.

En 1929 mis inclinaciones poéticas quizás instigadas por Alberti más que por otros, me arrastraron a publicar un primer librito titulado *Decantación en verso*, en el que dediqué un poema, «Tránsito» a Alberti, y se lo mandé a su casa (no me acuerdo dónde vivía entonces). No me acusó recibo, ni siquiera por teléfono, pero pocos días después, al encontrarnos casualmente en una exposición de pintura de algún amigo mutuo me dijo: «He leído tu libro, del que me gustaron algunas cosas mucho, otras me divertieron y otras no me gustaron nada. La que menos, justamente, la que me dedicas, de la que solamente los dos últimos versos tienen un sentido moderno y encierran una metáfora que me gustó». (Estos decían: «La vaca ya está pariendo/ el ángelus matinal»). «Eso de parir un ángelus y que la parturienta sea una vaca, es un acierto» y agregó que los últimos versos del poema dedicado a Federico (entre ellos había amistad y un tanto de recelo) tenían un matiz casi biográfico que al interesado le venía como anillo al dedo. Me desconcertó esta advertencia porque aquellos versos que yo escribiera a la buena de Dios, es decir, sin ninguna intención expresa, en la mente de Alberti pasaban a tener casi una orientación descriptiva de mi granadino amigo, que llamaba a mi madre «doña Avelinda» (*El País*, 20, marzo, 1980).

Para mí lo principal fue comprobar que Rafael había leído el librito: mucho peor me trató después don Miguel de Unamuno, aunque subsanó el exceso. A la mañana siguiente me encontré en el Paseo de la Castellana al incomparable «Cónsul de la Poesía» Juan Guerrero, a quien había sido presentado poco tiempo antes por Cayetano Alcázar, y me detuvo para decirme: «Es usted un osado, amigo Vega; meter en un solo libro poesía cubista, dadaísta, superrealista y romancista es un error por su parte». Entonces le conté lo que veinticuatro horas antes me comentara Alberti y me respondió sólo esto: «Siga usted a ése de cerca, que todo lo que hoy es en el mundo Juan Ramón Jiménez, y quizá más, lo será ese gaditano en el futuro».

3. Rafael Alberti en el Lyceum Club femenino

Fui testigo de la famosa lectura por Alberti de sus poemas superrealistas en el Lyceum Club Femenino; no puedo recordar ahora la fecha pero no sería difícil puntualizarla, porque la anécdota es bien conocida. Si hablo de ella es solamente porque vale en mi testimonio personal y por haber sido casi vecino de los asientos de los protagonistas. Allí se armó un gran jaleo entre las señoras que no comprendían el superrealismo y las que lo aceptaban con entusiasmo por pedantería o por novedad. Las primeras, hechas a la antigua, entre campoamorianas y esproncedianas, eran las más ariscas e inquietas, hasta que se hartaron y se levantaron, haciendo ruido con las sillas y soltando algunos vocablos hirientes para el poeta. Pero éste, tras mirarlas fugazmente, prosiguió la lectura intercalando en voz alta, como si estuvieran escritas

entre signos de admiración, palabras parecidas a ésta: «¡Y esas palomas negras que se van dejan en sus asientos bolitas de cabra!». Se granjeó la simpatía del público restante que lo interrumpió con aplausos. Al final del acto, nuestra amiga Pepita Carabias estuvo a punto de pegarse con una de las protestonas y, ya en la calle, Antonio Espina tuvo una pequeña zapatista con las que habían salido antes y estaban en la calle del Barquillo esperando para insultar a Alberti. Todo se resolvió con la intervención de la esposa del doctor Plácido G.

4. En la tertulia privada de Jiménez Díaz

Don Carlos Jiménez Díaz, mi maestro de Patología Médica, me otorgaba una amistad muy afectuosa, que cambió por verdadero cariño mi disciplina de alumno, antes de la guerra civil. Reunía un día a la semana en su piso de Velázquez 10 a un grupo de sus mejores amigos de entonces que puedo recordar, muy distintos de los de la posguerra, porque la contienda y sus repercusiones éticas lo alteraron todo. No viene a cuento que lo explique aquí (aparecerá en otra publicación que tengo en ciernes). El hecho es que una mañana en el hospital me invitó a ir por la tarde a su casa (estudiando yo 4.º año). Aquel día había yo tenido un gran tropiezo en el Hospital que me había hundido, aun no sintiéndome culpable. Y a su casa llegué hacia las siete. Con don Carlos y Conchita estaban Plácido González Duarte y su esposa, el doctor Maortua y una hermana, B. Sánchez Cuenca (auxiliar de la cátedra), un notario de Madrid que creo se apellidaba Hernández, Sainz de la Maza, entonces muy joven guitarrista, Pepe Bergamín y algún otro colaborador de la revista *Cruz y Raya*, a la que también pertenecía Jiménez Díaz; Rafael Alberti con María Teresa León; y un sacerdote cuyo nombre olvidé, que había dado clases de solfeo a Jiménez Díaz y últimamente se las daba de piano. Conservo bien grabadas en la memoria las miradas de rencor con que éste miraba a los Alberti por el hecho de no estar casados. Algunas veces estaba también Adolfo Romero, el ayudante más querido del maestro, y el firmante de estas líneas, que se sentía un tanto avergonzado por la invitación. Las charlas de la tertulia solían girar alrededor de temas intelectuales (literatura, filosofía, historia, etc.) y toros, por la amistad recién iniciada entre Domingo Ortega y don Carlos, que decía ser joselitista. Pero aquel mi primer día, el anfitrión guardaba a todos una sorpresa que no resultó muy oportuna: iba a mostrar sus progresos pianísticos con un concierto propio de dos cortas obras de Chopin. El cura profesor mostró su disconformidad, pero Jiménez Díaz, quizá seguro de sí mismo, se empeñó y lo hizo contrariado por la actitud del consejero. Yo nunca entendí de música, pero escuché con toda atención, hasta que vi al cura hacer gestos faciales de disconformidad mientras de vez en cuando Jiménez Díaz miraba al cielo con gesto de entrega espiritual. Pronto empezaron unos y otros a mirarse con indisimulable sorna. En un momento determinado, don Carlos echó las dos manos hacia atrás para hacer una nece-

saría pausa (ignoro el nombre musical de ese acto) y todos los presentes iniciamos una ovación creyendo que había terminado; pero no era ese el caso, y terminó pocos minutos más tarde. María Teresa León hasta se puso en pie en aquel momento de desconcierto. Cuando la pieza musical terminó y aquella estaba diciendo algo, se oyó más fuerte la voz de Rafael Alberti que amistosamente y sin inmutarse exclamó desde su butacón: «No sigas, Carlos, que te van a salir callos en los dedos y después dirás que tienes un *síndrome de Chopin*». El concertista sonrió y confesó: «Verdaderamente, no estoy todavía maduro...». A lo que replicó Rafael: «Sí lo estás, Carlos, pero para enseñar medicina. Mo te empeñas y, en todo caso, aprende a tocar *La Internacional*, que la cantaríamos algunos de nosotros y no se verían tus pequeños entuertos...»

La tertulia siguió después los pasos que habría de seguir otras veces; pero yo estuve rehuyendo encontrarme a solas con don Carlos por no saber de qué podía hablarle, ya que darle las gracias por la invitación de aquel día era traerle a la memoria cosas que le dolerían. Pero dos semanas más tarde me reiteró la invitación con la condición de que llevase a mi novia, después esposa, y acudimos cinco o seis más. Aquella tertulia me hizo conocer mucho mejor a Jiménez Díaz-persona, y que no me sorprendieran tanto después, las causas que motivaron nuestra separación.

Bastante después de terminada la guerra civil, almorzando en Roma en un restaurante muy próximo a su casa, y cuando estábamos recordando cosas baladíes de tiempos idos, Rafael me dijo: «Y te acordarás también de aquellas reuniones en casa de Jiménez Díaz... Cierta día nos dio un concierto espantoso... ¡Era un ingenuo! Cuando quiso verme en Argentina yo me negué porque había huido de nuestra zona después de que nuestro partido se volcara por él. Pero ya en aquel concierto Chopin sonaba igual que el *Deutschland über Alles*. Yo intenté discutirle aquellas afirmaciones pero no pude apearle del carro porque me apabullaba con sus acusaciones.

5. Rafael Alberti y María Teresa León en el Hospital n.º 6 de Chamartín

Durante la guerra civil, tuve pocos ocasiones de hablar con Alberti. Un día fui con un compañero médico (no sé si con el doctor Barreda o con el doctor Gavilanes) al palacete de la Alianza de Intelectuales Antifascistas (Marqués del Duero 7) para pedirle que fuera a recitar algo a los enfermos y al personal del citado centro. Con la ayuda del gran escenógrafo Eduardo Ontañón logramos que él y María Teresa fueran una tarde. Dieron un festival exaltador de la resistencia republicana; durante el mismo cayeron unas bombas nacionalistas en los basureros del viejo Madrid, a menos de doscientos metros del Hospital; se rompieron algunos cristales, pero nadie se inmutó y el acto se celebró bajo la presidencia de Jiménez Díaz, con su mono blanco. Rafael leyó uno de sus romances al duque de Alba y otro a la defensa de Madrid;